

MORTALIDAD EN SAN SEBASTIAN EN 1902



A nuestros desconsolados forasteros que, según ellos, han visto diezmada la ciudad de San Sebastián, y que se enterraba de noche para no alarmar, etc., etc., el año 1902, les recomendamos la lectura de lo que sigue:

El año 1901 contaba nuestra ciudad 35.583 habitantes, y desde el 1.º de Enero hasta el último de Diciembre de igual año fallecieron en esta población 940 personas.

El año último, ó sea en 1902, contaba San Sebastián 36.552 habitantes, como se ve, 939 más almas que el año anterior, y las defunciones fueron 936.

Hemos examinado los registros demográficos que cuidadosamente se llevan desde el año 1877, y hasta la fecha presente resulta, que en conformidad al número de habitantes, el año 1902, ha sido, el de menor mortandad en San Sebastián.

A pesar, pues, *de las lástimas y lamentos de los veraneantes que no vinieron*, en esta querida Iruchulo, no ha habido tales horrores.

Hoy, sin miramientos al temporal reinante, subimos á Polloe, y allí, en la soledad de su casita, sorprendimos al inteligente y laborioso capellán señor Camiruaga con las manos en la masa, es decir, ocupado en la formación de la muy curiosa, muy interesante y muy necesaria estadística de aquel sagrado lugar; y al buen cura tuvimos el gusto de robarle sigilosamente los preciosos datos que acabamos de dar á conocer, cuyo pecado venial nos perdonará sin penitencia, en gracia á nuestro buen deseo.

Nos despedimos cariñosamente del padre de los muertos, y ponién-

donos á medio foque y velas arriadas capeamos el temporal hasta la vista de Ametzagaña, en donde echamos anclas, con ánimo de admirar y recoger sobre el mismo natural los tonos grises, las ramas desnudas, en una palabra, el ambiente misterioso de un verdadero día de invierno.

FRANCISCO LÓPEZ ALÉN.

Día de la Candelaria, 1903.

DOS HERMANOS

En el sitio en que fué construida la ciudad de Jerusalem, antiguamente se veía el verdor de un campo; los judíos vivían, labraban y sembraban allí.

Uno cerca del otro habitaban dos hermanos, ambos casados.

El menor tenía cuatro hijos y el mayor ninguno.

Muerto el padre, en lugar de partirse el campo, sembráronle en común: y cuando el trigo estuvo maduro, hicieron dos porciones iguales.

El hermano mayor no pudo pegar los ojos aquella noche.

—¿Hemos partido bien el trigo?—se decía.—Mi hermano tiene más familia que yo, y necesita pan para sus hijos. Velaré lo que falta de noche, para aumentar, sin que él lo sepa, la parte suya.

Y se levantó, y con trigo suyo aumentó el montón de su hermano.

También se despertó el menor, y á su vez se preguntó si la partición estaba bien hecha.

—Mi mujer y yo somos fuertes—pensó—y tenemos hijos que crecerán y nos ayudarán muy pronto. ¡Ya habrá manos para trabajar! Mientras que mi hermano y su mujer son más débiles. Es preciso engrosar su parte.

Al siguiente día, por la mañana, ambos notaron que sus montones eran iguales: miráronse sorprendidos, pero ni uno ni otro habló.

A la siguiente noche hicieron lo propio, pero también á distinta hora, de modo que no se vieron.